

mira el tigre feroz la ansiada presa,
y con sangrientos ojos la devora.

Alzase en tanto colosal matrona
de una alta sierra en la fragosa cumbre
la América del Sur: vése cercada
de inmensos rayos de encendida lumbre,
y en noble ceño y magestad bañada,
No ya frívolas plumas
sino pesado casco rutilante
ornan su rostro fiero:

al lado luce triunfador escudo,
y en vez del hacha tosca, ó dardo rudo
arde en su diestra refulgente acero.

La vista fixa en la ciudad; y entonces
terrible golpe en la marcial rodela
dió con el pomo, y al sonido agudo,
con que herida gimió la fuerte malla,
la sierra se estremece,
y el ronco hervir de los volcanes calla.

»Españoles, clamó: Quando atrevido
»vuestros Lares tiránico amenaza

»el opresor del mar, á quien estrecha
»viene el orbe ¿será que en blando lecho
»descuidados yazgais, ó en torpe olvido?

»O acaso echando á la ignominia el sello
»¿dareis al yugo el indomado cuello?

»¿Dó mis Incas estan? ¿A dónde es ido
»el imperio del Cuzco? ¿Quién brioso

»destruyó su poder? ¿No fué trofeo
»del Castellano esfuerzo poderoso?

»Y hora vosotros, claros descendientes
»de Pizarro y Almagro, envilecidos

»¿ante el Britano inclinareis las frentes?
»¿Cederá el Español? Oh! ¡Nunca sea

»que América infeliz con hierros viles
»al carro de su triunfo atac se vea!

»No: jamas se verá: que en noble saña
»siento inflamarse ya los fuertes pechos

